

# DIAGNÓSTICO DE LA CRISIS DEL SISTEMA UNIVERSITARIO Y SUS RETOS SOCIALES

JESÚS R. JIMÉNEZ-OCTAVIO<sup>1</sup>

*RESUMEN:* El objetivo de este estudio es perfilar el estado actual del sistema universitario y confrontarlo con los retos culturales y sociales que debe afrontar. En base a ciertos indicadores estadísticos referidos a la última década, la visión global de la universidad se ha particularizado al ámbito español, resultando un diagnóstico crítico para todos los estamentos con vinculación significativa al sistema. Desde el nuevo paradigma del Espacio Europeo de Educación Superior se analiza el papel y la responsabilidad de la sociedad, las instituciones universitarias, los profesores y especialmente de los estudiantes por su mayor protagonismo y vulnerabilidad.

*PALABRAS CLAVE:* sistema universitario; innovación docente; relación maestro-alumno; empleabilidad; Espacio Europeo de Educación Superior.

## ***Diagnosis of the Crisis of the University System and its Social Challenges***

*ABSTRACT:* The aim of this paper is to outline the current state of the university system and confront it with the cultural and social challenges that it should face. Based on certain statistical indicators referring to the last decade, we focus on the Spanish case, resulting in a critical diagnosis for all the groups with significant links to the higher education system. From the new paradigm of the European Higher Education Area, this paper analyses the role and responsibility of society, university institutions, professors and especially students, for their greater role and vulnerability.

*KEY WORDS:* university system; teacher innovation; professor-student relationship; employability; European Higher Education Area.

---

<sup>1</sup> Universidad Pontificia Comillas. Escuela Técnica Superior de Ingeniería ICAI. Instituto de Investigación Tecnológica. Correo electrónico: joctavio@comillas.edu.

## 1. PREÁMBULO

La transmisión de conocimientos y valores generación tras generación constituye uno de los pilares fundamentales del éxito en las sociedades humanas para consolidar los modelos de convivencia. Por este motivo es crucial en las sociedades democráticas que las instituciones públicas velen por la educación como salvaguardia ante la barbarie. Así, afirma Michel Henry (Henry, 1996) que la educación universitaria debe responder al menos a una vocación doble: dotar a las personas de las capacidades técnicas para hacer posible su inserción económica en la sociedad y estimular el desarrollo de sus dones de forma que realicen la esencia de su propia humanidad. Esta bicefalia es la que impulsa en una sociedad la toma de decisiones y le confiere la fortaleza para mantenerlas en el tiempo (Silveira, 2015), lo cual exige por un lado desarrollar los saberes y la técnica que garantizan su bienestar y, por otro, lograr que los valores que articulan la convivencia perduren y sean reconocidos. A pesar de que hoy se busquen coartadas ante lo evidente, es preciso asumir que tanto el fracaso de los principios e instituciones que constituyen la sociedad como el de la transmisión del conocimiento y la técnica abocan con igual dramatismo a la crisis de la sociedad y la refundación de la misma. Abundando en la misión de la Universidad, aún más completa se me antoja la visión de Ortega (Ortega y Gasset, 2015) bautizándola en primer lugar como facultad de cultura, por deber ser ésta la encargada de su transmisión y la ilustración del hombre, como institución docente orientada a la formación técnica de los profesionales, investigadora por su imprescindible contacto con la ciencia empujando los límites del conocimiento y, por último, atribuyéndole una necesaria intervención en la vida pública.

Desde que Ortega elevara estas cuatro dimensiones, complementarias y globalizantes en el marco de la educación superior, sobre su propia crítica al hombre-masa o bárbaro moderno, profesional sabio en su técnica, pero totalmente inculto, éstas no han hecho sino escindirse aún más con la hipertrofia del profesionalismo a costa de la exclusión de la transmisión de la cultura y la influencia social. La grieta puede iniciarse por una pequeña entalla, tal vez una preponderante visión utilitarista, pero puede acabar con la fragmentación completa de la sociedad y su fútil cohesión mediante la ignorancia y el bienestar. De no ser porque la preocupación por la educación apenas va más allá de unos pocos días después de la publicación de los informes PISA anuales, con lo controvertidos y discutibles que podrían ser los parámetros de esta evaluación misma, obviamente se hablaría de una crisis de larga duración en el sistema educativo español. Crisis que desde mi punto de vista alcanza con igual profundidad al sistema universitario,

fiel reflejo de la deriva de nuestra civilización y la fragilidad constituyente de una Unión Europea mucho más económica que comunitaria. Es precisamente la sociedad la que ya está asimilando la degradación de los valores que la conforman como comunidad y se afana en atajar los síntomas de su resquebrajamiento en lugar de detener la propagación de la grieta educativa.

El Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) que recoge la evolución de los problemas en España a través de su barómetro mensual, situaba en febrero de 2015 la preocupación por la educación en séptimo lugar, habiendo sido identificada como tal por apenas un 10% de los encuestados y muy por detrás de otros problemas como el paro o la corrupción como refleja el Gráfico 1.

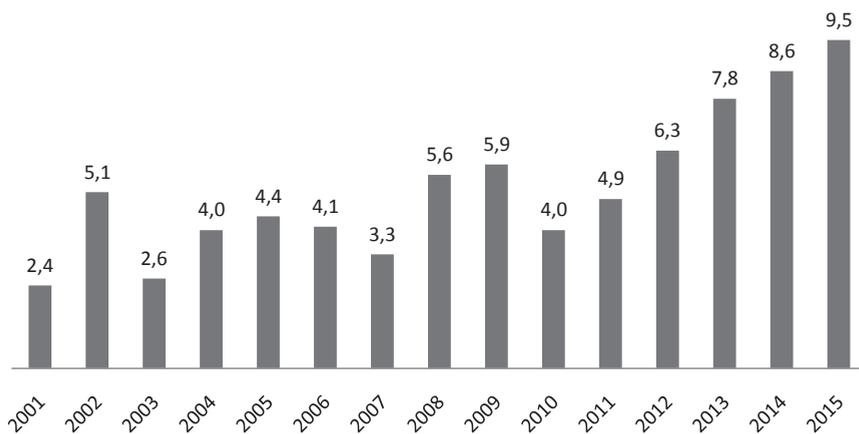
GRÁFICO 1  
PRINCIPALES PROBLEMAS DE ESPAÑA EN FEBRERO 2015 EXPRESADOS EN PORCENTAJE



Resulta paradójico que especialmente las preocupaciones más destacadas, el paro y la corrupción, sean consecuencia directa del fracaso del sistema educativo. No me resisto a ilustrar esta situación con el proverbio de Confucio: «cuando el sabio señala a la luna, el necio mira al dedo», pues es evidente que la universidad: ni ha despertado el emprendimiento, la investigación y el empuje para generar puestos de trabajo; ni ha elevado la conciencia social en la deshonra de la corrupción y el fraude; ni, a la vista del sondeo, ha logrado iluminar con algo de conocimiento a aquellos ignorantes

que seguimos en masa mirando el dedo del sabio sin pestañear. Sin embargo, no es un dato casual el de 2015, el Gráfico 2 evidencia que ese año se registró el mayor índice de preocupación por la educación en lo que llevamos de siglo XXI en España. Si bien la tendencia creciente del último lustro podría ser alentadora, quizá únicamente se deba al hastío de los jóvenes universitarios y de aquellos que contemplamos cómo la mitad de una generación no era capaz de ejercer el trabajo para el cual se le había preparado. De hecho, la tendencia estable y aún más baja de la preocupación por la educación durante los años de bonanza económica, a pesar de que la educación secundaria estaba ya en plena deriva y era inimaginable el consenso político para diseñar un plan educativo, abona la hipótesis de correlación entre educación y utilidad laboral. Pero si la función profesionalizante también fracasa, ¿qué cabe esperar entonces de la universidad?

GRÁFICO 2  
EVOLUCIÓN ANUAL DE LA PREOCUPACIÓN POR LA EDUCACIÓN EN ESPAÑA (2001-2015) EXPRESADO EN PORCENTAJE



Con esta crisis educativa han de lidiar tres agentes fundamentalmente: estudiantes en primer lugar como principales agraviados; profesores e instituciones universitarias por estar llamados al ejercicio del *magisterio* desde el *ministerio* como servicio a la educación y no a sus currícula; y la sociedad por su capacidad, aunque limitada y adormecida, de exigir una formación integral que garantice su progreso. A pesar de que la responsabilidad es compartida, si acaso menor en el caso de los primeros, el servilismo de

las políticas gubernamentales a las necesidades del mercado, la burocratización de universidades en una competencia vacua y la estéril innovación metodológica del Espacio Europeo de Educación Superior (EEES), hacen que su parte alícuota no resulte en el todo. De hecho, son estos eximentes los que desde su peso relativo permitirían diferenciar, quizá en un ejercicio demasiado prolijo, entre universidades públicas y privadas, entre ramas de conocimiento o entre países de similares características. No obstante, sirva de disculpa la esperanza que despertara en este caso una injusta generalización en el diagnóstico.

## 2. EL ESTUDIANTE

Tal como apuntaba anteriormente, los alumnos que hoy frecuentan las aulas desempeñan el papel fundamental en el proceso educativo. Han de ser ellos los que alumbren su vocación de personas para el mundo espoleados por el maestro. No obstante, esta necesaria tensión dialógica que fructifica en la madurez personal se complica entre los pertenecientes a la llamada generación Z. Me pregunto si el fin del alfabeto en la calificación también anticipa el fin de su alfabetización, pues a pesar de ser una generación nativa digital, su desjerarquización de las fuentes de información y su dependencia de las redes sociales la hace en mi opinión extremadamente vulnerable. El acceso mediante un simple terminal a la mayor biblioteca que haya existido en la historia de la humanidad es una oportunidad tremenda para el saber. Pero en medio de esa inmensidad es fácil confundir la información con el conocimiento, conformarse con las reseñas sin beber de las fuentes. Especialmente cuando las urgencias de las redes que tanto *di-vierten*, raptan el tiempo y la predisposición al esfuerzo que exige el aprendizaje, así como la presencia que exige el encuentro personal.

Sin embargo, más allá de su condición puramente académica o digital, existen diferentes indicadores para enmarcar cognoscitivamente a estos jóvenes. Si bien este criterio funcional parece obvio, la dilatación de la condición estudiantil hasta edades que en otras latitudes o épocas serían propias de adultos, difumina los estadios cronológicos establecidos por la psicología evolutiva tradicional. En el mismo sentido, criterios físicos, anímicos e incluso culturales, lejos de establecer referencias de cierta, aunque nunca pretendida universalidad, se antojan cada día más insuficientes y relativos. La irrupción de la juventud como un valor en sí mismo desvanece cualquiera de estas referencias por el propio deseo intergeneracional de encarnar este valor degradado a cosmética. No obstante, Carlos Díaz (Díaz, 2000) apunta

como criterio definitorio y probablemente más simple que entre los dieciocho y los veinte años la última adolescencia y la primera juventud coinciden. Adolescente, de *adolescere*, es un término netamente latino que atendiendo a su etimología significa carente, lo cual abre la espita de la reflexión más profunda en torno a la falta de conciencia de la realidad de la que adolecen muchos de los jóvenes universitarios hoy. Si bien es cierto que su vitalidad les dota de un impulso arrollador para emprender cualquier acción sin temer los riesgos que ésta conlleve, la marcada distancia con la realidad y la dureza de la existencia trocan su audacia en empellones imprudentes.

En la sanidad como en la educación evitar el sufrimiento estéril es primordial, pero no lo es menos capacitar a la persona para la tolerancia a la frustración mediante la integración del dolor en la propia vida. En la aceptación del sufrimiento que nos vuelve hacia nosotros mismos y nos empuja a las aristas de nuestros abismos hasta re-conocernos como aprendices subyace su mayor fortaleza educativa. No sería justo ni realista dejar entrever que los jóvenes no son conscientes o no se esfuerzan por superar las barreras que se encuentran, pero sí creo que su dispersión en las redes sociales y la carencia de verdaderos maestros, reemplazados paulatinamente en todos los estados educativos por una suerte de facilitadores laxos del aprendizaje, limitan su umbral de percepción de la realidad y del sufrimiento. Y más aún, cuando la vocación por el saber es débil y la referencia de la autoridad moral se desvanece, entonces la relación entre profesor y alumno se reduce a un clientelismo alentado por la promesa de un trabajo.

### 3. EL PROFESOR

El profesor universitario debería ser ante todo un minucioso e infatigable estudiante, a pesar de que con frecuencia ésta es la primera faceta que se relega a los tiempos muertos entre reuniones y clases superficiales. En definitiva, los parámetros de evaluación de este estamento invitan a la dispersión de los profesores en la gestión académica en lugar de focalizar su esfuerzo y talento en la docencia y la investigación. Pero la realidad es que la gestión de los centros educativos y de la calidad de la enseñanza, tareas tan necesarias como inevitables en los institutos de secundaria y universidades, han transformado estas instituciones en empresas que compiten en un mercado de acreditaciones y distintivos de calidad. Pero no sólo los rectorados y decanatos velan por la competitividad de estas empresas universitarias, sino que son los propios profesores los que han de incorporar la gestión burocrática al servicio de esta acción comercial entre sus tareas

diarias. Una extenuante agenda de consejos de departamento, reuniones de coordinación, comisiones de doctorado o claustros trufan los horarios semanales junto con la redacción de informes de seguimiento o las propuestas de innovación docente.

El estudio y la dedicación por completo al saber, un bien aparentemente ajeno a las leyes del mercado por su carácter no cuantificable, es la inversión que los profesores han de hacer a largo plazo y sin cobertura alguna al riesgo. Un esfuerzo apalancado en la gratuidad y la ausencia de beneficio inmediato que sin embargo les dota del saber, la autonomía y autoridad indispensables para el ejercicio del magisterio. De ahí que sea inviable regir las universidades bajo los mismos parámetros que las empresas, desde un utilitarismo que ni ha de someter a los profesores ni a los programas educativos cercenando la proyección universal de la cultura. Ambas reducciones, justificadas desde el privilegio de la profesionalización de las competencias coarta la formación integral del estudiante reduciendo su recorrido formativo al oficio que está llamado a ejercer, atrofiando su autonomía, pensamiento crítico y vigor moral para renunciar al éxito profesional en beneficio del bien común, la justicia, la libertad... valores por los que el profesor con vocación de maestro habría de velar desde su lucidez en el estudio y a través de su gratuidad y testimonio vital.

Al servicio del proceso educativo y del profesor se encuentran actualmente las Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC), abriendo vías de tal potencia que todo apunta a que el concepto de aula está por asentarse definitivamente en su acepción virtual. Éstas abren una miríada de posibilidades a nuevas metodologías docentes, a la diseminación de contenidos formativos hasta los lugares más recónditos, a la participación en foros y al acceso a la enseñanza no presencial en algunos de los centros más prestigiosos del mundo sin apenas mayor coste que la conexión a internet. Sin embargo, la creatividad aún se afana en la colonización de la tecnología y la «Loa a la vieja pizarra» (Estrella, 2014) necesariamente sigue vigente cuando la formación universitaria tiene pretensiones educativas. Como cualquier otra herramienta en la mano del hombre, sólo es cuestión de tiempo que ésta sea perfeccionada y bien empleada. Sin embargo, desde la perspectiva de la educación, las TIC por sí mismas sólo pueden ofrecer un mensaje deshumanizado que concierne tanto a la ambigüedad del medio y el riesgo que anticipa McLuhan de convertirse en el mismo mensaje como a los usuarios, sometidos a la dispersión de una información sin hilo conductor ni narrativa, a una visión caleidoscópica de la realidad carente de la insustituible relación diacónica maestro-alumno.

#### 4. LA SOCIEDAD

Abordando en última instancia el papel de la sociedad quisiera rescatar una entrevista que el presidente de Laureate Education, Douglas Becker, propietaria en España de la Universidad Europea, concedía a la revista *Capital* en julio de 2013. Éste apostaba por una formación más práctica que teórica en el marco universitario, afirmando que los estudiantes llegaban cada vez peor preparados al mercado laboral. Manifestaba coherentemente que España, sumida desde hacía años en una devastadora crisis, debería tener las mejores universidades en términos de empleo, por lo cual admitía no tener hueco para las humanidades en sus universidades, siendo estas disciplinas más propias de la universidad tradicional de hace treinta años.

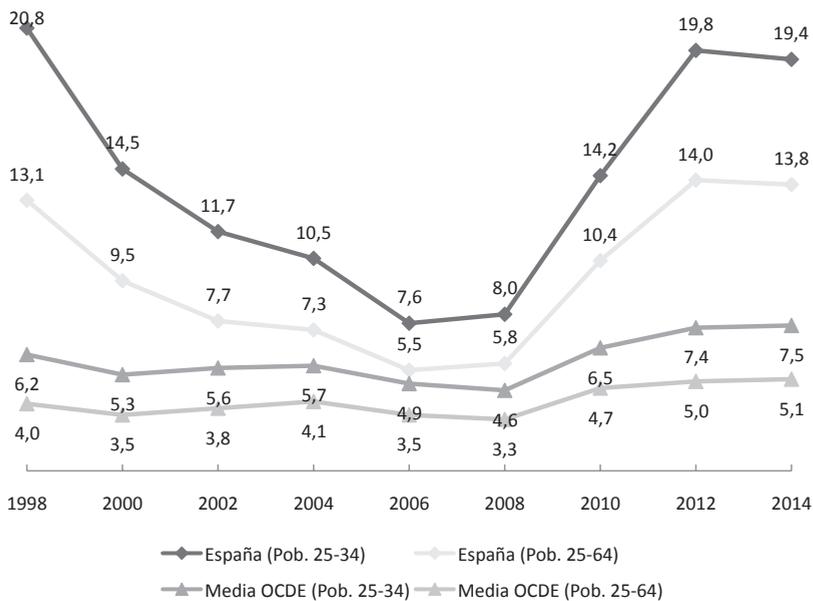
Por supuesto que es esencial mejorar la adecuación de los estudios a la demanda del mercado laboral, pero lo imprescindible es que la sociedad exija también una educación superior en la responsabilidad. Sea cual sea la disciplina de estudio, es clave reconocer que la ética y los valores que tanto echamos en falta en la sociedad actual como refleja el Gráfico 1 no han de reducirse, en el mejor de los casos, a meras herramientas para el análisis deontológico sino conferirles una presencia continua desde el testimonio del maestro y la propia institución educativa. En este punto coincido plenamente con la imagen que Mounier perfila del hombre: moralmente estructurado por una jerarquía de valores libremente aceptados, asimilados y vividos en un compromiso responsable y en una continua conversión.

No obstante, la realidad social también se plasma en cifras y la preponderancia de la dimensión profesionalizante de la universidad puede leerse en la correlación entre las matriculaciones y los índices de desempleo. En base al análisis de los datos del sistema universitario español (Ministerio de Educación, 2016) publicado por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte una vez finalizado el curso 2015-2016, las tendencias de determinados registros pueden resultar reveladoras.

Partiendo del análisis del Gráfico 3, que muestra la evolución de las tasas de desempleo de la población con educación superior en España, parece evidente que éstas se disparan a partir de 2008 como resultado más evidente de la crisis económica, afectando en cualquier caso a los jóvenes de manera más significativa. Así, revisando las tasas de afiliación de los egresados universitarios en el curso 2009-2010 tras el primer y cuarto año después de finalizar sus estudios, por tipo de titulación y rama de enseñanza, los datos apuntan claramente a que la rama de Ciencias de la Salud era sin duda la de mayor empleabilidad. Ésta, con una tasa de afiliación a la Seguridad Social del 73.4% en 2011 y del 75.6% en 2014 después de finalizar estudios

de máster, era seguida por la rama de Ingeniería y Arquitectura a casi diez enteros de distancia, 64.2% en 2011 y 68.9% en 2014. La consecuencia de estas cifras y sus expectativas de empleabilidad son las que explican el aumento de más de un 40% en las tasas de variación de la oferta y la matrícula de nuevo ingreso en Ciencias de la salud entre los cursos 2008-2009 y 2014-2015, mientras el resto de ramas de enseñanza incluso llegaban a descender como en el caso de Ingeniería y Arquitectura como resultado de la crisis del sector de la construcción. Evidentemente es legítimo que los alumnos prefieran matricularse en las carreras universitarias de mayor proyección, especialmente por la inversión que los años de estudio conllevan a las familias, pero no por ello habría que dejar de subrayar la férrea correlación actual y la necesidad social de los saberes aparentemente superfluos.

GRÁFICO 3  
EVOLUCIÓN DE LAS TASAS DE DESEMPLEO DE LA POBLACIÓN CON EDUCACIÓN SUPERIOR EXPRESADAS EN PORCENTAJE



## 5. DIAGNÓSTICO Y SÍNTESIS

La Carta Magna de las universidades europeas destaca en sus principios la dimensión cultural de la auténtica universidad, haciéndola depositaria de la tradición del humanismo europeo e instándole a la constante preocupación de atender al saber universal. Sin embargo, la degradación cultural contemporánea se agrava con la priorización del beneficio cortoplacista en el EEES que tan bien ha ilustrado Nuccio Ordine en su manifiesto por la utilidad de lo inútil (Ordine, 2013).

El objetivo legítimo de que los estudiantes consigan graduarse en los años previstos, no sólo comienza a ser un indicador de calidad de los centros sino a prevalecer sobre la calidad de la enseñanza y los objetivos de la educación misma. No cabe duda de que las etapas formativas anteriores se han ido degradando en las últimas décadas y de que ciertas competencias de la educación secundaria, no precisamente menores, se han de acometer ahora en la superior. No obstante, el esfuerzo adicional que requiere este sobrevenido reajuste de conocimientos y cubrir a partir de ahí las competencias del curso para evitar perderlo es un muro prácticamente insalvable precisamente porque la capacidad para el esfuerzo es una de esas competencias más devaluadas. La estratagema tácita propuesta desde el púlpito de la innovación pedagógica es una mera ilusión cuando no va acompañada de los medios necesarios, de tal forma que *de facto* los métodos tradicionales de enseñanza sólo se convierten en una relación interactiva superficial. Los roles cambian o se invierten en beneficio de unas competencias transversales que de forma perversa justifican la progresiva reducción y exigencia de los temarios. Cuando la evaluación de la calidad de la enseñanza de las agencias supra-universitarias presta mayor atención a las competencias que reflejan las guías docentes que a las que se consiguen realmente, entonces se abre una brecha en el muro del esfuerzo para con los medios disponibles evitar la frustración, aliento de una madurez diferida.

En el cuerpo docente existiría sin embargo el riesgo latente de rebelión de no ser por el cambio de paradigma educativo al que también se le ha sometido. La única vía para que un maestro deje de serlo, para que su mayor objeto de celo sea la educación del que aprende, va más allá de dejar de valorarle por ello. Si como dijera Mounier la acción no estuviera dirigida esencialmente al éxito sino al testimonio, aunque estuviéramos seguros del fracaso partiríamos de todas formas. Para evitar este viaje a «la inutilidad», las evaluaciones de calidad del profesorado contemplan todo mérito próximo o no a la propia enseñanza, pero en ningún caso ésta misma ni las competencias adquiridas por sus alumnos. De esta forma no solo se desincentiva

la preocupación del maestro en el alumno, sino que se deslocaliza su ocupación en otras múltiples tareas.

La utópica búsqueda de igualdad de oportunidades y el pensamiento crítico a través de la educación, sometida ésta al recorte de fondos aducido por la crisis económica, aboca a la sociedad al abismo de la ignorancia y al naufragio vital pues, como definiera Ortega, la cultura es lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento. Contrariamente, la renuncia explícita a la financiación de los medios necesarios para una educación integral conlleva de forma implícita la suplantación del ideal anarquista «de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades» por un igualitarismo desvirtuado y raquítico. La masificación de las aulas imposibilita la relación interpersonal maestro-alumno, la pérdida de referencias y transmisión de valores en la prevalencia obligada de competencias técnicas que, por lo ya expuesto, se desangra igualmente. Bajo el mismo criterio de utilidad también la investigación fundamental queda supeditada a la tecnológica y, en cualquier caso, ambas alejadas del liderazgo de una sociedad cuya imagen de éxito ni se encuentra en bibliotecas o laboratorios ni, peor aún, se busca.

Como epílogo y a propósito de una crisis en Francia en el ecuador del siglo XIX, atajada mediante los mismos perjudiciales e ineficaces recortes de fondos para la cultura, Víctor Hugo exhortaba apasionadamente a los miembros de la asamblea constituyente a combatir la ignorancia con mayor decisión que la miseria: «[...] Han caído ustedes en un error deplorable; han pensado que se ahorrarían dinero, pero lo que se ahorran es gloria».

## REFERENCIAS

- Díaz, C. (2000). *Soy amado, luego existo. Tú enseñas, yo aprendo*. (Vol. III). Bilbao: Desclée Brouwer.
- Estrella, B. (2014). *Loa a la vieja pizarra*. Salamanca: Colección Sinergia.
- Henry, M. (1996). *La barbarie*. Madrid: Caparrós Editores.
- Ministerio de Educación y C. (2016). *Servicios al ciudadano*. Obtenido de <https://www.mecd.gob.es/dms/mecd/servicios-al-ciudadano-mecd/estadisticas/educacion/universitaria/datos-cifras/datos-y-cifras-SUE-2015-16-web-.pdf>
- Ordine, N. (2013). *La utilidad de lo inútil*. Barcelona: Acantilado.
- Ortega y Gasset, J. (2015). *Misión de la Universidad*. Madrid: Cátedra.
- Silveira, P. (2015). *Educación y política: el gobierno como tema de la agenda filosófica contemporánea*. México D.F.: Voces de la filosofía de la educación.